



Dai Smith

**Raymond
Williams**

El retrato de un luchador

PUV
UNIVERSITAT
ID VALÈNCIA

RAYMOND WILLIAMS

El relato de un luchador

RAYMOND WILLIAMS

El relato de un luchador

Dai Smith

Traducción de
Juan José Colomina Almiñana
y Vicente Raga Rosaleny

Universitat de València

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.

Título original: *Raymond Williams. A Warrior's Tale*

© Dai Smith, 2007

Primera edición: Library of Wales/Parthian Books, 2008

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2011

Publicado con el permiso de Il Caduceo Literary Agency

© Fotografía de la sobrecubierta: Reproducida gracias al amable permiso de los herederos de Raymond Williams

© De la traducción: Juan José Colomina Almiñana y Vicente Raga Rosaleny

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Corrección, fotocomposición y maquetación: Communico, C.B.

Diseño de la sobrecubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: Publidisa

ISBN: 978-84-370-8171-7

Depósito Legal:

Sumario

Lista de ilustraciones	9
Prefacio	11
Introducción	19
1. Un asentamiento	35
2. Una educación	61
3. «Vidas nominalmente conectadas».....	95
4. «Una o dos extrañas aventuras».....	157
5. «Una cualidad más allá del arte»	203
6. «Política y letras»	241
7. «Un buen actor se ciñe a su papel».....	265
8. «Se ha cruzado la frontera»	313
9. «Si será... el libro que desearía publicar».....	349
10. «Un momento decisivo...»	383
11. «... Pero yo soy Price de Glynmawr»	421
«Ese progreso real».....	447
Una nota sobre las fuentes	451

Lista de ilustraciones

1. Joseph y Margaret Williams, sus abuelos paternos, comprando pescado, década de 1890
2. Harry Williams, sentado, Francia, 1917
3. Raymond Williams sentado en el lado derecho, Escuela de Pandy, mediados de la década de 1920
4. Harry Williams, Raymond y la colmena, verano de 1926
5. Harry Williams, finales de la década de 1920, en Pandy, en el portillo de su jardín
6. Raymond Williams sentado en el lado izquierdo, Escuela de Pandy, mediados de la década de 1920
7. Raymond y su madre, Gwen, en 1930 durante unas vacaciones en Teignmouth
8. Gwen en el umbral de Llwyn Derw, en Pandy, a finales de la década de 1930
9. Raymond en la estación de Pandy, mediados de la década de 1930
10. Raymond en el huerto de Harry, 1936
11. El tren de Abergavenny a Hereford, con Skirrid Fawr al fondo, finales de la década de 1930
12. Entrada del Instituto de Educación Secundaria Rey Enrique VIII, Abergavenny
13. Raymond Williams y Margaret Fallas en el barco Evian en el lago Ginebra, 1937
14. Harry Williams con su traje de los domingos, finales de la década de 1930
15. Raymond en 1939, listo para partir hacia Cambridge
16. Joy Dalling con 13 años, Devon, 1933
17. Joy Dalling y su amiga Annette Hughes, Cambridge, 1940
18. Joy Dalling, Cambridge, invierno de 1940

19. Joy Dalling, Cambridge, verano de 1940
20. En el tejado encima de la habitación de Michael Orrom, en la torreta del Great Court del Trinity, verano de 1941. Raymond es el de la izquierda, con Anne Richmond entre él y Orrom, que está flanqueado por dos amigos
21. Alistado en el Real Cuerpo de Señales, Prestatyn, verano de 1941. Detrás, segundo por la izquierda
22. Foto de boda, Salisbury, junio de 1942
23. Raymond y Joy Williams en Barnstaple, 21 de junio de 1942, el día de su boda
24. Raymond, en primer plano con prismáticos durante unas maniobras en el invierno de 1943, Scarborough
25. Raymond en Holanda, otoño de 1944. En el reverso, escribió: «Estas estúpidas cosas me recuerdan a ti»
26. La artillería antitanque rinde homenaje en silencio tras la victoria, noroeste de Alemania, 1945
27. Raymond, Joy y Merryn, durante un permiso, 1945
28. Llwyn Onn, la casa de Pandy a la que Harry y Gwen se mudaron en 1948 desde Llwyn Derw, al otro lado
29. Raymond en 1951, foto publicitaria de la editorial Chatto and Windus
30. Raymond con Joy, Merryn y Ederyn sentados y con Madawc entre ellos, Seaford, 1951
31. Raymond Williams en casa, Hastings, 1953

Foto de portada: Raymond Williams, Cambridge, 1941

Foto de cubierta interior: Raymond Williams, Ginebra, 1937

Foto de contracubierta: Raymond Williams, principios de la década de 1960

Las biografías siempre mienten porque imponen un patrón claro, cuando, de hecho, todo hombre que se observe a sí mismo ve que su vida se despliega por aquí y por allá, hacia delante y hacia atrás, casi cada día. La biografía de una hora de la vida de un hombre puede tener algún sentido; es siempre el movimiento más amplio el que nos delata.

Raymond Williams, *The Grasshoppers* (1955)

Prefacio

El libro que tiene entre sus manos el lector abandona a su protagonista, Raymond Williams, en 1961 a las puertas de una carrera pública como escritor e intelectual que lo haría conocido en todo el mundo. Fue en ese año, 1961, cuando por primera vez oí su nombre, en el momento en el que el brillante volumen azul de la edición en rústica (publicada por Yale en su colección Pelican) de *Cultura y sociedad*, su innovador libro de 1958, pasó por mi escritorio en el Instituto de Enseñanza Secundaria de Barry. El libro era cortesía, como muchas de mis desafiantes lecturas de aquellos días, de un profesor de historia genial, Teifion Phillips. Teifion tenía firmes convicciones socialistas y una igualmente firme creencia en la necesidad de señalar el talento potencial, dondequiera que lo encontrara, tanto dentro como fuera de la escuela, y fuese del tipo que fuese. Mi talento lo consideraba académico, y proceder de un hogar de clase trabajadora no era una barrera para acceder a la universidad, incluso a Oxford, donde Teifion tenía relaciones con los miembros de Balliol que había forjado en las escuelas de verano a las que había acudido durante los años cincuenta, aunque por aquel entonces yo nada sabía de eso. Existía pues una cinta transportadora para estudiantes universitarios de historia procedentes del sur de Gales.

Es muy posible que Teifion hubiera coincidido con Raymond en alguna de aquellas escuelas de verano de la WEA¹/Universidad para adultos, aunque nunca me lo dijo. La idea al dar aquel libro a un muchacho de dieciséis años con tantas inquietudes intelectuales era complementar la alimentación estándar de los alumnos de sexto con una dieta enriquecida de debate y argumentación, más allá del conformismo y la rutina imbuida por las habituales

¹ La Sociedad para la Educación de los Trabajadores es una asociación de origen inglés cuyo objetivo es proporcionar formación, a todos los niveles, a personas adultas, especialmente a aquellas que interrumpieron sus estudios a temprana edad [N. del T.].

discusiones sobre la interacción o no entre el protestantismo y el capitalismo o el ascenso o no de la alta burguesía durante aquellos interminables, o eso nos parecían, siglos XVI y XVII. Raymond Williams entró en mi vida casi como un rayo de luz en la oscuridad.

Por supuesto, lo que al principio me cautivó a mí y a muchos más en Gran Bretaña durante la década de los sesenta no fue la reevaluación que Williams realizaba de la crítica cultural que había seguido a la industrialización, sino su relato emocional y personal de lo que significaba realmente y en el propio fuero interno, en lo personal y familiar, en lo individual y lo público, ser un «becario» escogido, además de lo que implicaba social y culturalmente. Recuerdo de una manera vívida cuánto me estimuló e impresionó leer la atronadora «Conclusión» de *Cultura y sociedad*, un libro cuyos ensayos se aferraron a mi mente como un zumbido flotando en el aire y que volví a tomar y examinar en diversos momentos posteriores.

Más tarde, para mi generación, tanto el detalle de sus posteriores trabajos como su amplitud cada vez mayor se convirtieron en un estímulo constante para el progreso y, en su fondo y forma, en un decidido recordatorio de lo que debía valorarse, pero de manera radical, enraizando en los elementos clave y la realidad de una comunidad. Sus reseñas casi semanales en *The Guardian* aumentaban el interés por ver cómo lo concentrado mediante sentencias periodísticas se ampliaría luego por medio de los ejemplos y las explicaciones, tomando nuevas direcciones llamativas. Y en efecto los libros continuaron apareciendo.

No hay que negar la existencia de una cierta adoración hacia el autor, algo que Williams odiaba, y tal vez en mayor medida por parte de aquellos de nosotros que aprendimos de él a distancia, que de las personas a las que enseñaba de cerca en Cambridge. Algunas veces parece que el contacto personal puede ser desafortunado, como se evidencia en el caso de Williams, cuyas prioridades y necesidades no siempre coincidieron, o a menudo no lo bastante, con las de algunos de sus estudiantes universitarios más ambiciosos. Sin embargo, hubo más que atestiguaron el cuidado y la atención que éste les prestó en sus años de estudiantes universitarios de licenciatura y posgrado. Todos los que lo han conocido, en persona o en sus trabajos, coinciden en una cosa: guste o no, su trabajo y su vida eran inseparables.

Coincidí por primera vez con Raymond Williams en 1976. Las circunstancias bordearon lo cómico, lo que era bastante típico en él. Llafur, la Sociedad para el Estudio de la Historia del Trabajo en Gales, de cuya publicación era yo editor por aquel entonces, lo había invitado a impartir una conferencia acerca del cincuenta aniversario de la huelga general. Ésta debía darse en el campus lateral de la Universidad Politécnica de Gales, ahora Universidad de Glamorgan, en Pontypridd. Por aquellos días, siguiendo la

estela de las huelgas mineras de los años 1972 y 1974, la Unión Nacional de Mineros, especialmente en el sur de Gales, no sólo estaba en activo de manera militante, sino que también era muy consciente de sus esfuerzos pasados, durante los últimos sesenta años, a la hora de proporcionar iniciativas culturales y educativas para sus miembros. La fuerte reactivación de estas actividades a comienzos de los setenta aseguraba que, además de los académicos e historiadores locales, acudirían a la conferencia unos pocos centenares de mineros y miembros del sindicato. Ésta era exactamente la clase de mezcla y ocasión que complacía a Williams.

Sólo que Raymond, al que se había citado para hablar tras la pausa del almuerzo de media mañana del sábado de aquel evento de tres días de duración, no había aparecido. Desplegamos gente por las entradas diseminadas a lo largo del campus de la Politécnica, armados tan sólo con la vaga imagen de una polvorienta fotografía de sobrecubierta de libro y el útil pensamiento de algunos miembros del comité de que seguramente llegaría conduciendo «un gran automóvil». Dos minutos antes de la hora acordada regresé, desconsolado, al salón de conferencias para encontrarme con Kim Howells, por aquel entonces estudiante de doctorado en Warwick, pero residente en Cambridge y asistente habitual a los seminarios de la universidad en la que Raymond había estado presente. Abatido, le conté lo sucedido y desconcertado dijo: «Pero si está aquí», y señaló a un cincuentón que se levantaba de en medio de la audiencia congregada para dirigirse al estrado. Había permanecido allí la mañana entera, discreto y sin anunciarse, formando parte de una congregación cuyas conexiones, culturales e históricas, tanto respetaba. Hablé, sin emplear notas y con suma lucidez, durante casi una hora y después, como editor, recibí el artículo que había escrito a partir de sus reflexiones grabadas y que publiqué como «The Social Significance of 1926».

A partir de entonces, impartí clases en algunos de sus cursos de Cambridge por invitación suya y los dirigí en algunas ocasiones o discutí sus textos de ficción con él en encuentros públicos en sus cada vez más frecuentes visitas a Gales. En la época de su temprana muerte, en 1988, podía sentirme tanto un amigo como un fiel admirador. Así, cuando Joy Williams, poco después del funeral, me preguntó si me gustaría escribir una biografía, mi respuesta instantánea fue «Sí», a pesar de los otros compromisos que esto arrastraría y las reservas que tenía acerca de escribir una biografía que me parecía entonces necesariamente más intelectual que ninguna otra cosa. Pero, como tantos otros por aquel entonces y luego, lo veía desde una perspectiva que dejaba en la sombra la vida de Williams previa a 1961, con su regreso a Cambridge como catedrático y notorio autor de *La larga revolución*, un trabajo más asombrosamente iconoclasta que *Cultura y sociedad*.

Lo que muy pronto, e inesperadamente, me quedó claro fue que mi perspectiva necesitaba modificarse respecto a la convencional biografía que había tenido en mente primero y éste me pareció un cambio desalentador al atender por primera vez a los materiales que Joy Williams, con ciertas dudas, puso delante de mí. Esto sucedió tras algunas entrevistas preliminares con Joy, primero en su casa familiar de Craswall y más tarde en la casa de Saffron Walden, a la que ella y Raymond se habían trasladado tras su jubilación en Cambridge. Yo había ido preguntando por las cartas, los diarios, los manuscritos y cualquier otra cosa que fuera más allá de los trabajos publicados, así como por una lista de personas a las que consultar. Me movía el deseo del historiador por lo tangencial antes que la necesidad del crítico por conocer lo central. Una tarde, cuando anocheía, algo a regañadientes, Joy me llevó al sótano de la casa y me señaló un gran y estropeado baúl blanco. Me advirtió que estaba todo desordenado, ya que a lo largo de los años la conducta habitual de Williams había sido la de tirar las cosas o acumularlas en pilas en algún rincón. El baúl se había convertido en el principal depósito de todos esos restos.

Abrí su tapa, hurgué en él y comencé a sacar cosas. Durante las siguientes dos horas me enfrenté a libros de ejercicios juveniles, resmas de papel escritas a lápiz y tinta que parecían contener de todo, desde relatos a ensayos y esquemas de textos por escribir, copias endebles en papel carbón y mecanografiadas de breves relatos de ficción no publicados, montones de extractos mezclados y sin numerar de relatos más extensos, carpetas con novelas tituladas y encuadradas que Williams había mencionado en *Politics and Letters* (en las entrevistas de 1979) pero que luego había descartado o no había logrado publicar, además de varias y confusas versiones, apenas ordenadas sucesivamente, de lo que fue *Border Country*, el polvoriento diario de notas de su padre, un diario de guerra o memorias de Williams a máquina, hojas sueltas con argumentos o esquemas de personajes de ficción, apuntes garabateados y pasajes subrayados en antiguos libros de escuela y un par de cuadernos de notas de bolsillo con las tapas de color granate y su dirección de los años cincuenta en Hastings escrita en su interior por si los extraviaba. Y a este material de antes de los sesenta, junto con otros hallazgos procedentes de Joy (cartas escritas durante la guerra, artículos de revistas poco conocidas, temprana correspondencia con amigos y compañeros, fotografías), me dediqué durante los meses siguientes. Mi trabajo de investigación avanzó, pronto acelerado por la concesión de una Beca Simon para docentes de la Universidad de Manchester durante 1992 y 1993. Aún no había decidido en ese punto que fuera necesario escribir un libro sólo para hacer justicia a ese material porque no había captado todavía lo relevante que era para una

completa comprensión de la vida y del trabajo de Williams, aunque sí sabía ya que la investigación iba a ser larga.

Cuánto es otra cuestión y, por todo lo que ha implicado (especialmente para mi mujer y mi familia), a veces me preguntaba si llegaría, o si podría incluso llegar, a terminarla, con lo que sólo me cabe esperar que el resultado final de este largo trabajo demuestre que ha valido la pena. Estaba ciertamente dedicado a esto en 1993 cuando unos cambios inesperados y el aumento de trabajo en mi carrera en la BBC de Gales primero y luego en la Universidad de Glamorgan, junto con las interrupciones por la elaboración de otros escritos que requerían menor tiempo y concentración, me llevaron a dejar el proyecto un tanto aparcado. Y así siguió hasta que la Universidad de Gales, Swansea, me contrató para una cátedra en el Centro de Investigación en Literatura y Lengua Inglesa de Gales en marzo del 2005, lo que me permitió terminar de escribir este libro tal y como lo concebía ahora. Ésta es mi última deuda, y el libro su principal pago.

Mis otras deudas, tempranas y tardías, tienen que ver con personas e instituciones a las que aprecio y estoy profundamente agradecido. Entre las últimas, además de a la Universidad de Swansea, donde están ahora depositados los textos de Raymond Williams a la espera de una catalogación completa para su uso académico, quisiera manifestar mi agradecimiento a la Universidad de Cardiff, donde ocupé una cátedra en Historia de Gales desde 1985, que se me permitió abandonar para aceptar la beca de investigación de la Universidad de Manchester durante 1992-1993, y donde Huw Beynon (del Departamento de Sociología) me ofreció una bienvenida galesa. La Academia Británica me apoyó aquel año con una de sus valiosas becas menores, para sufragar viajes y gastos de investigación, que empleé para investigar en el archivo de Chatto and Windus de la Universidad de Reading, en la colección de cartas de la Segunda Guerra Mundial del Museo Imperial de Guerra, en los registros del Departamento de Estudios de Extensión Universitaria de Oxford, en los archivos escritos de la BBC en Caversham (donde Joanne Cayford me ayudó especialmente), en el PRO para los diarios de Guerra y en la Real Academia Militar de Woolwich (donde el brigadier Timbers me ofreció una ayuda inestimable en mi papel de aprendiz de historiador «militar»). Andrew Green, bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Gales, que guarda otro lote, más pequeño pero complementario, de materiales de Raymond Williams, se aseguró de que fuese capaz de reconstruir unos pequeños fragmentos perdidos de un texto de ficción que parecía un rompecabezas (las partes de la temprana novela no publicada *Brynllwyd*). Tanto sir Adrian Webb, por aquel entonces vicescanciller de la Universidad de Glamorgan, como Geraint Talfan Davies, director de la BBC de Gales,

fueron siempre comprensivos (hasta un cierto punto, por supuesto) con mis frustraciones de autor cuando trabajé en estas instituciones entre 1993 y el 2000.

Las personas, tanto al final como al comienzo, fueron el catalizador real tanto de mi pensamiento como de mi escritura. Mi deuda principal es para con Joy Williams, que fue muy generosa con su propio tiempo, infaliblemente franca y, sin reservas, estuvo siempre dispuesta a darme total libertad de acceso y uso de los documentos de su marido. Muchos de los libros de Raymond Williams no podrían haber existido en la forma que conocemos si no hubiera sido gracias al compromiso y a la contribución de Joy Williams. Me siento orgulloso de decir que esto es también cierto de este libro.

A Merryn, Ederyn y Madawc Williams les estoy profundamente agradecido por su larga y comprensiva paciencia conmigo, y a Merryn en particular por compartir sus propias investigaciones sobre su familia, de la que averigüé mucho, en Pandy, con la ayuda de la cuñada de Raymond, Sylvia Bird. Otros miembros de la familia que me ayudaron con recuerdos acerca de su infancia, especialmente de su madre, fueron Winifred Fawkes y su primo Ray Fawkes, cuyos maravillosos croquis adornan las cubiertas interiores de este volumen.² La correspondencia con Brinley Griffiths y su hermano Maelor Griffiths, el mejor amigo de Raymond durante los años anteriores a la guerra, fue inspiradora y reveladora. Les debo a todos ellos profunda gratitud.

Y en Pandy y en Abergavenny recopilé una gran cantidad de información realizando entrevistas a Joan Leach, Albert Lyons, Lew Griffiths, Violet James, Bill Berglund, Illtyd Harrington, Dick Merton-Jones y Gwyn Jones. Estuve encantado de ser capaz de localizar y cartearme con la amiga de Raymond de esos años en el condado de York, Margaret Davies (apellidada de soltera Fallas), que me proporcionó muchas ideas y fotografías. Respecto a sus primeros años en Cambridge, hablé con Lionel Elvin, me carteeé con Muriel Bradcook y me entrevisté con su buen amigo Michael Orrom, cuyas propias grabaciones y recuerdos asociados fueron más que de gran ayuda. También lo fueron los recuerdos y diarios, que tuve el privilegio de poder utilizar, de Lady Anne Piper (apellidada de soltera Richmond).

En Gower encontré y hablé con Eddie Gibbs, que sirvió bajo el mando de Raymond Williams durante la guerra y, para los años a partir de Cambridge, Wolf Mankowitz fue franco y sincero, cautivador y encantador. Hablé con Arthur Marsh y Jack Woolford, compañeros de Raymond en el Centro para la Educación de Adultos de la Delegación de Estudios

² En la edición original [N. del T.].

de Extensión Universitaria de Oxford, así como con su coetáneo y amigo Tom Thomas, un legendario e inspirador tutor de literatura para adultos en Swansea. Annette Lees (apellidada de soltera Hughes) me ayudó con recuerdos de los primeros años de casados de Joy y Raymond, y Eric Hobsbawm me aclaró mucho acerca de la izquierda de Cambridge y de la posición de su generación en la posguerra.

Acerca de los años cincuenta, especialmente sobre la marginalidad y, más tarde, la importancia de Raymond Williams, primero en la izquierda comunista y posteriormente en la cultura política de la Nueva Izquierda, estoy en deuda con E. P. Thompson, Raphael Samuel, Graham Martin y Stuart Hall por las conversaciones que mantuve con ellos, así como con Lawrence Goldman, Terry Eagleton, Robin Blackburn y Robin Gable por algunas reflexiones adicionales. Los miembros del Parlamento pueden ser hospitalarios y algunas veces incluso buenos oyentes de un autor obsesionado, como Kim Howells y Paul Murphy demostraron serlo más de una vez. Siguiendo con el tema del Parlamento, aunque todavía no había sido elegido como parlamentario por Aberavon por aquel entonces, mi viejo amigo en todos estos empeños y muchos más, Hywel Francis, me apoyó de manera inigualable cuando era profesor del Centro de Educación Continua para Adultos de la Universidad de Swansea.

Más recientemente, en dicha universidad me han ayudado mucho su perspicaz vicescanciller, el profesor Richard Davies, y el profesor M. Wynn Thomas, director del CREW, que leyeron y comentaron con gran atención crítica versiones previas de este libro, como también lo hizo mi compañero del CREW el Dr. Daniel Williams, cuyo propio trabajo además nos llevará a entender mejor en el futuro a Raymond Williams. Otros lectores que me han instigado, animado e informado a la hora de retocar y mejorar las versiones previas fueron mi antiguo estudiante Rob Humphreys, ahora director de la Universidad Abierta de Gales; el Dr. Steve Woodhams, de la Universidad Thames; el Dr. Hywel Dix, de la Universidad de Glamorgan, y el profesor John McIlroy, de la Universidad de Keele. A Steve Woodhams le estoy también agradecido por su atención y cuidado a la hora de localizar materiales, especialmente panfletos, y por compartir, así como a menudo cuestionar, mis especulaciones más atrevidas.

A lo largo de este trayecto fue un placer trabajar con Colin Thomas, cuyo reportaje documental para el canal 4 de la BBC sobre Raymond Williams, *Border Crossing*, en el que participé y actué como consultor externo, ganó el Premio del Jurado en el Festival de Cine Celta del 2005. También fue un placer ayudar a Richard Davies, de la editorial Parthian, a reimprimir *Border Country* como el primer volumen de la serie de la Biblioteca de Gales apoyada por la Asamblea de Gobierno galesa. En el momento de las pruebas

de imprenta, el libro se convirtió en un «galés europeo», la última y precisa autodescripción de Williams, cuando Martine Jousset me envió un montón de correos electrónicos interesándose por el volumen cuando estaba en Nébian, Languedoc.

Estoy agradecido a la brillante Ann Harris, asistente de personal de la BBC de Gales, por pasar a máquina las primeras secciones de las primeras pruebas y, como con tantos otros, aguantar mis enfados. En Parthian, Jasmine Donahaye ha demostrado ser una magistral editora en los últimos momentos, trabajando con plazos de entrega imposibles: combinando meticulosidad y sensibilidad ha mejorado infinitamente los sucesivos borradores y por ello le debo gratitud. Lo mismo puedo decir de la lectura de pruebas de Paul Duerden y de la composición tipográfica de mi amigo John Tomlison, que además se ha asegurado de que el índice fuese tan meticuloso como lo ha sido todo su trabajo. Por último, sólo dos personas son las responsables de que el libro tomase cuerpo después de todo. La primera es mi infatigable y resignada procesadora de textos, que según me dicen es como se conoce ahora a las mecanógrafas. Ella es también mi antigua y excepcional asistente personal en la Universidad de Glamorgan, Gwyneth Speller, y es un completo misterio cómo consiguió descifrar, corregir y elaborar una copia mecanografiada legible a partir de un montón de bloques escritos a lápiz, algo por lo que le estoy profundamente agradecido.

Y, por último, igual que estuvo al comienzo lo está al final, Norette, sin la cual no habría ningún libro.

Dai Smith
Barry Island, Nébian
Primavera/verano, 2007



biografías

Raymond Williams (1921-1988) fue el escritor y pensador socialista más influyente en la Gran Bretaña de posguerra. Desde 1961, con la publicación de *The Long Revolution*, su reputación estuvo estrechamente vinculada a la teoría y práctica de la cultura como una dinámica social en sí misma. No obstante, Williams siempre consideró que su trabajo crítico e imaginativo formaba un todo integral y que su actividad complementaria resultaba crucial tanto para su intención personal como para un propósito más amplio. Por ejemplo, la aparición del innovador *Culture and Society* en 1958 y de su reveladora primera novela *Border Country* en 1960 supusieron para él acontecimientos hermanados. Ahora, por primera vez, al utilizar todos los escritos privados e inéditos de Williams y al ubicarlo en un panorama social y cultural más amplio, Dai Smith, en este estudio biográfico tan original y fascinante, desvela cómo la vida anterior a 1961 constituye, de hecho, una explicación del inmenso y conectado logro creativo e intelectual de Raymond Williams.